

LA ÚLTIMA REBELIÓN: LA RESISTENCIA INDÍGENA DE LA PIMERÍA ALTA EN 1751

ANA HILDA VERA

Al llegar los misioneros a la Nueva España, comenzaron una campaña ardua de evangelización. Sus principios religiosos, así como el concepto que tenían de los naturales respecto a su carencia de "razón", propició algunos casos de imposición violenta de los sacramentos católicos.

Mientras se adentraban en las tierras del norte, se encontraban con grupos indígenas que vivían dispersos en la sierra, los cuales se manifestaban renuentes a cambiar sus costumbres, y reaccionaron de forma violenta en contra de los misioneros y de los conquistadores europeos.

La violencia fue la constante no sólo contra los invasores, sino entre los diferentes grupos étnicos que habitaban la zona.

Este trabajo describe la insurrección de la Pimería Alta en el año de 1751, con base en un documento en el que 18 testigos declaran las posibles causas que propiciaron la última rebelión pima.

POR LOS CAMINOS DE LA FE

El 13 o 14 de mayo de 1524, a instancias de Hernán Cortés, llegaron a San Juan de Ulúa, en el actual estado de Veracruz, los primeros misioneros franciscanos. Su propósito primordial era evangelizar a los habitantes de la Nueva España.

La tarea de los religiosos, por sí misma, fue exhaustiva e implicó infinidad de problemas. La geografía, el clima, la lengua y la cosmovisión de los nativos fueron algunos de los obstáculos a los que tuvieron que enfrentarse los misioneros católicos. Dos años después, en 1526, llegaron los dominicos y en 1533 los agustinos; a estos últimos les correspondió asentarse en los lugares más agrestes, en virtud de que los sitios accesibles estaban ya ocupados. Franciscanos, dominicos y agustinos fueron las órdenes más destacadas en el oficio evangelizador de la Nueva España.



Años después, el 28 de septiembre de 1572, desembarcaron religiosos de la Compañía de Jesús con un objetivo ulterior a la evangelización: educar a los nativos.

Los europeos que llegaron a México tenían tras de sí un bagaje ideológico permeado aún por el feudalismo, proveniente de la Edad Media, cuya base económica se sustentaba en la servidumbre y en la consolidación del cristianismo. Sus afanes

de conquista y heroicidad, también propios del Medioevo, coexistían con los matices ideológicos del Renacimiento, el cual privilegiaba la razón y desarrollaba las bases de la investigación científica, entre las que sobresalía el énfasis en la investigación astronómica y la navegación.

"...todo lo descubierto hasta el día de hoy en Nueva España se le debe a Cortés, calificase su inteligencia en la geografía

náutica y otras ciencias, y el deseo eficaz de servir a Dios y a su Rey..." (Lorenzana: 1981: 203).

¿Cómo veían los colonizadores a los nativos americanos? ¿Cómo conciliar dos cosmovisiones tan diferentes?

Los documentos reseñan la opinión que tenían conquistadores y misioneros de los naturales: constantemente se expresan de ellos como salvajes, bárbaros, sin razón e hijos del demonio debido a sus actividades "paganas". Joseph Neumann, dice de los tarahumares: "...los tarahumares nunca fueron idólatras, aunque sí vivían engañados por el demonio con muchos embustes y magias..." (González: 1993: 304).

Los colonizadores, "gente de razón", venían a salvarlos de su ignorancia. Según Enrique Florescano, los procesos de conquista implican la desvalorización del "otro", de su cultura y sus capacidades, llamando a los nativos bárbaros y primitivos, entre otros términos por demás discriminatorios. De esta manera, el conquistador se legitima mediante una obra de "civilización" (Florescano: 1977: 72). Sin embargo, no sería tan fácil para los conquistadores y misioneros encontrar la aceptación franca de los nativos: a pesar

de que en algunos momentos parecieran dóciles, no estaban dispuestos a soportar las imposiciones de los "invasores". Según Mirafuentes Galván, hubo cientos de rebeliones entre los siglos XVII y XIX. María Elena Galaviz hace un análisis de algunas rebeliones y podemos ver que, en la mayoría de los casos, las razones fueron muy similares: maltrato y abuso de los españoles y misioneros, aunque no se hayan desarrollado de la misma manera.

Las exploraciones de la Compañía de Jesús en territorio novohispano trascendieron las fronteras conocidas y se dirigieron hacia el norte del país, en donde hoy se ubican los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Baja California. Tras la resistencia de los aborígenes, la perseverancia de los jesuitas logró sobreponerse. El entusiasmo de la Compañía no cejaba; la muerte de algunos de sus sacerdotes a manos de los nativos no los desalentaba. Éstos eran relevados por nuevos misioneros muy dispuestos a defender la causa de San Ignacio de Loyola, *ad maiorem dei gloriam*.¹ Fue el caso del padre Francisco Saeta, que estaba encargado de la misión de Caborca y fue asesinado por dos pimas de Tubutama en abril de 1695 (Kino: 1961:15).

¹ A la mayor gloria de Dios.

Una de las estrategias evangelizadoras de los misioneros era el bautismo. Andrés Pérez de Ribas, en su crónica *Páginas para la historia de Sonora*, nos describe los bautizos que realizaban por esos territorios:

"Tratóse luego de bautismos generales de todas aquellas rancherías, y las fue disponiendo Dios con su divina gracia, de suerte que recibían y percibían muy bien la doctrina cristiana y con fervor iban a tropas pidiendo el santo bautismo, de manera que dentro de un año se bautizaron como dos mil almas; y con ese divino sacramento, en que nacen ya los hombres hijos de Dios, se veían en ellos una maravillosa mudanza de costumbres, de paz y alegría del nuevo estado en que se veían" (Pérez de Ribas: 1985: 275).

El padre Eusebio Kino tuvo un papel muy destacado en la empresa evangelizadora de las tierras del noroeste de la Nueva España. Entre los años 1683 y 1685 recorrió el territorio de la Baja California. Tiempo después solicitó autorización para desplazarse a los estados de Sonora y Sinaloa.

En febrero de 1687, Kino arribó a las misiones de Sonora, donde incursionó en los territorios de la Pimería Alta y fundó

pueblos de misión como Sáric, Tubutama, San Xavier del Bac, Cocospora y Caborca, entre otros. Durante estos acercamientos hubo diversas reacciones. En algunas ocasiones, los misioneros fueron bien recibidos; en contraparte, la resistencia de los naturales también se manifestó. "Así vivían los pimas en su gentilidad y barbarie cuando se les anunció la luz del santo evangelio por medio del padre Eusebio Francisco Kino..." (González: 1977: 66).

Los grupos indígenas que habitaban la zona, como los jocomes, janos, sumas, mansos y apaches, entre otros, también tenían rivalidades entre ellos.

Las misiones se organizaban de la siguiente manera: primero era designada la zona a donde debía ir el misionero. Cabe mencionar que uno de los principios de la orden de los Ropas Negras² era ir a cualquier lugar al que fueran asignados (González: 1993: 225). Luego partían a una residencia ya establecida, la cual servía de base por su cercanía al destino final. Esta residencia se convertía en una especie de "cuartel general" para los misioneros. También había un rector que tenía como obligación recorrer todas las cabeceras misionales que se encontraban en su jurisdicción.

² Por el atuendo que portaban los padres jesuitas, comúnmente eran nombrados *Ropas Negras*.

dicción, al menos una vez al año. Acto seguido, los misioneros asignados se dirigían a su zona para contactar a la población y buscar un lugar apto para establecer un "pueblo de misión" en el que pudieran concentrar a los indios ancestralmente dispersos entre valles y cañadas.

LA PIMERÍA ALTA

El padre Kino murió el 15 de mayo de 1711. A partir de esa fecha, los padres Agustín de Campos y Luis Xavier Velarde se quedaron a cargo de la zona de la Pimería Alta y atendieron sus nueve misiones junto con 16 pueblos de visita. Fue un momento de crisis, pues había escasez de sacerdotes. Algunas misiones tuvieron que desaparecer, como fue el caso de las de Dolores y Remedios. Las circunstancias favorecieron el retorno de los indígenas a sus tradicionales conductas nómadas y el abandono de la vida misional.

Luis González rescata unos manuscritos en donde Luis Xavier Velarde hace la siguiente descripción de la Pimería Alta:

"Corre, pues, esta Pimería Alta de sur a norte desde los 30 grados hasta los 34, que se cuentan desde esta misión de Nuestra Señora de los Dolores hasta el Río Gila,

que después se junta con el Colorado; y de oriente a poniente, desde el valle de los pimas llamados sobaipuris hasta las cercanías y costa del Seno del Mar Californio, habitadas de los pimas sobas" (González: 1977: 30).

Los pimas eran descritos como poseedores de un físico con buena estatura, fuertes y morenos, los calificaban de poco maliciosos y sencillos y dicen que no tenían política ni religión, ya que no adoraban a ningún dios.

En el documento al que hago referencia, uno de los testigos, Bernando de Urrea, dice "...haber tenido siempre a los pimas por buenos y fieles a los Pimas...", y Javier Padilla comenta que "...conoce a los Pimas y su buen genio valor y servicios...".

La población de la Pimería Alta estaba dividida en cuatro estratos principales: el primero lo componían los capitanes de presidios, los alcaldes mayores y otras justicias; el segundo pertenecía a los mercaderes y mineros; el tercero, a los españoles y rancheros; el cuarto y último era de mulatos y otros indígenas, quienes conformaban la mayor parte de la sociedad. Estas diferencias sociales generaban muchos problemas dentro de la comunidad. Las autoridades civiles y religiosas pugnaban por



el poder sobre los indígenas. En ocasiones los misioneros se convertían en defensores de los indígenas, sin embargo, estas peticiones de justicia tampoco eran atendidas por las autoridades. En otros casos, los indígenas eran víctimas de los abusos de los mismos padres jesuitas, quienes los hacían trabajar en sus sementeras e, incluso, eran maltratados físicamente.

Algunas misiones de la Pimería Alta fueron fundadas por el padre Kino a finales del siglo XVII, entre ellas Güebavi, San Javier del Bac y Soamca; aunque desaparecieron por falta de ministros, fueron restablecidas en 1732.

A pesar de los años críticos que vivieron las misiones durante el siglo XVIII, hubo misioneros notables como Gaspar Stiger, Ignacio Séller y Felipe Sgesser, quienes llegaron en 1731. El padre Jacobo Sedelmayr lo hizo más tarde y trabajó en la Pimería Alta desde su llegada hasta la expulsión de los jesuitas en 1767. Otros que arribaron casi al final del periodo misional jesuita, fueron Miguel Geritaer, en Sáric, e Ignacio Pfeffekton, en Atil.

En 1743, las autoridades de la Compañía de Jesús ordenaron al padre Séller, misionero de Soamca, iniciar la entrada al Mequi, región ubicada al norte del río

Gila. Séller inició su recorrido con recursos propios, pero no consiguió suficiente apoyo militar. Después del presidio de Terrenate, sólo dos soldados continuaron con él. En septiembre de 1743 se internó en el Mequi, donde fue atacado por los nativos. Este fue el último intento de expansión, ya que las condiciones de su orden ya no eran óptimas. Más tarde, los franciscanos reclamarían esta zona como de su jurisdicción.

El acontecimiento que deterioró más la inestable situación en la que se encontraban las misiones de la Pimería Alta, fue el levantamiento que lideró el capitán indígena Luis de Sáric en 1751.

EL ALZAMIENTO

Esta insurrección fue organizada por los pimas en alianza con algunos gentiles que habitaban en las riberas del río Gila.

El documento al que hago referencia relata la descripción que hacen 18 testigos de las probables causas que propiciaron la insurrección indígena de la Pimería Alta en 1751.³

Los testigos relatan dos acontecimientos que consideraron las causas de la rebelión. La primera fue el robo que efectuaron

dos pimas a la misión de Güebavi. Ambos indígenas fueron perseguidos por dos españoles: Romero y Nava, y los atraparon en el rancho que pertenecía a Luis de Sáric. En la lucha con los españoles, uno de los indígenas fue herido con una lanza. Luis de Sáric pidió al comisario de Justicia, Cristóbal Flores, que solucionara esa situación. Citó a declarar a Romero y Nava pero no acudieron, por lo que recibieron castigo. Según los testigos, el hecho de que los españoles no acudieran a la cita con el comisario no fue del agrado de Luis de Sáric. Sin embargo, una de las declaraciones de Sáric dice que los dichos pimas no habían ido a robar sino a "cambalachear".

"A que respondió Luis que se havia levantado por que los P.P. Sedelmayer, Keller, Garrucho, y Tello no querian que se portase como Capitan General, sino como qualquier Indio Chichimeco, no como Español, y que desde (...) el Norte no tenia que mandar Luis y que los mandava solamente el P.A que havia respondido que sea por Dios, y por eso avia dejado el traje y desnudadose. Pero añadió el quento de Romero y Nava, diciendo que aquellos Indios havian ido a cambalachar y que el Indio havia muerto de los azotes" (AGN: Jesuitas: f. 9).

³ Consultar el video animado *La última rebelión*.

Otros testimonios revelan el segundo acontecimiento que pudo ser otro motivo del levantamiento. Durante una campaña en contra de los apaches, Luis de Sáric fue a la misión de Soamca, donde el padre Keller lo insultó diciéndole "perro", lo desconoció como capitán y le reclamó que se vistiese como español. Después fue a la misión de Güebavi, donde recibió un trato similar del padre Garrucho.

Pese a la conducta de los misioneros, la relación con la gente "de razón", como le llamaban a los españoles, era armoniosa, según un comerciante de San Ignacio, "Que conoce a Luis, y su amabilidad con que recibía, agasajava en su casa a la gente de razón, de quien era estimado..." (AGN: Jesuitas: f. 8).

Los testigos del alzamiento describen a Luis de Sáric como un hombre leal y responsable en todos sus cargos, y a los pimas en general como nobles y obedientes, leales y valerosos, y aluden a otras batallas que tuvieron contra los seris y los apaches.

En 1750, Luis de Sáric había sido nombrado capitán de la Pimería Alta, después de haber ostentado los cargos de alcalde, antes, y de gobernador del Sáric, después. Dicen de Sáric: "...compañero serio que es y que en los empleos de Alcalde, Gobernador

y Capitán General lo ha visto no faltar a sus obligaciones, Velar y corregir todas las faltas..." (AGN: Ramo *Jesuitas*).

Ese mismo año llegó a Sáric el misionero Juan Netvig, quien manifestó su desacuerdo con que Luis de Sáric tuviera muchas tierras y poder político dentro de la comunidad, por lo que trató de disminuir su autoridad. Una de las tácticas que empleó Netvig fue privar a Luis de Sáric de algunos recursos con los que mantenía su estatus de prestigio y poder, de manera que frustró las expectativas que tenía de seguir elevando su poder social, económico y político por arriba de los demás pimas, y le dejó un margen muy estrecho para recuperar su poder.

Los desprecios de los misioneros lastimaron la dignidad de Luis de Sáric, quien ya había empezado a gestar el levantamiento.

El 29 de septiembre, durante la fiesta de Güebavi, llegó Pedro de la Cruz, alias "Chiguagua", quien era considerado por su comunidad el brazo derecho de Sáric. El gobernador Ortiz de Parrilla le había otorgado el cargo de sargento mayor de la Pimería Alta sin consultar a los misioneros. Pedro "Chiguagua" llegó a la fiesta mostrando orgulloso su bastón de mando, el cual le fue arrebatado por el padre Garrucho, quien le

dijo que no regresara a Güevabi o le daría cien azotes.

El 20 de noviembre de 1751, estalló la rebelión general en la Pimería Alta al mando de Luis de Sáric, quien desde ese momento cambió su nombre cristiano por el de Bacquiopa, de origen pima, como muestra de rebeldía en contra de los misioneros españoles.

Con la noticia de las muertes y las quemas, la población española abandonó las misiones.

LA PAZ

A pesar de las buenas relaciones que tenía Luis de Sáric con el gobernador, la pacificación de los rebeldes no fue fácil. Había un ambiente de desconfianza a las autoridades. Luis de Sáric recibió una cruz y un rosario de manos de unos mensajeros que iban de parte del gobernador. Respondió que aguardaría cinco días en Tubutama a que el gobernador lo fuera a ver con sólo diez o doce soldados, "para que no se espantaran los suios" (AGN: Jesuitas).

El capitán de Guerra de San Ignacio, en voz de su intérprete, dijo que "haviendo ido con el antecedente testigo, encontró a Luis con su gente, quien lo amenazó diciendo



había prometido a los suios de no admitir las pases aunque selo ofrecieren con cruces..." (AGN: Jesuitas: f. 6).

Cuando fueron con el segundo mensaje, Luis mostró arrepentimiento, aunque siguió manifestándose contra los agravios que recibió de los padres: "...Luis dijo que conocía haber herrado que no quería hacer mas mal..." (AGN: Jesuitas: f. 7) y "...que no podía tan luego, luego, bajar porque devia juntar a los indios..." (AGN: Jesuitas: f. 8).

El decimoquinto testigo, un indígena de nombre Antonio, declara:

"...que en compañía de los antecedentes fue y vio a Luis y que aquella noche durmiendo cerca de Luis vio que un indio lo despertó y dijo que el Padre Keller le avisava que fuese a asaltar a terrenate para que lo colgaren como estava colgado Pedro Chiguagua, a que Luis dijo: válgame Dios como nos engañó el Gobernador con mensajes de Paz..." (AGN: Jesuitas: f. 8).

También manifestó que los indios estaban muy inquietos con el asesinato de Pedro "Chiguagua", por lo que se dispusieron a tomar precauciones en contra de cualquier imponderable que pudiera ocurrir, por lo que se armaron nuevamente.

Cuando las autoridades mandaron el tercer mensaje, los alzados, ya escarmen-

tados por el engaño, respondieron otra vez con violencia. Para ese momento, los rebeldes no sólo pertenecían a la Pimería Alta, también había pápagos, cocomaricopas y humas.

Pero no todos los indígenas de la zona estaban de acuerdo con el alzamiento, había aliados de los españoles como Joachim, indio yaqui que trabajaba como pastor de cabras del padre Sedelmayer, quien avisó a los españoles que los alzados irían tras ellos.

Luis de Sáric negoció la paz solicitando la remoción del padre Séller de Soamca, de Sedelmayer de Tubutama y Garrucho de Güebavi, lo cual fue aceptado por el gobernador, aunque Séller regresó después a Soamca.

Finalmente, Luis fue destituido de sus cargos de gobernador del Sáric y capitán general de la Pimería Alta.

CONCLUSIONES

El encuentro de misioneros y conquistadores con los naturales de la Pimería Alta no fue del todo armonioso. La imposición de costumbres y creencias fomentó la desconfianza de los pimas, sin embargo, conforme pasó el tiempo, muchos de los

nativos se adaptaron a su nueva vida en las misiones y adquirieron cargos militares y políticos, pero no fueron bien vistos por los misioneros.

La lucha por el poder fue una constante, pero los misioneros perdieron autoridad sobre los pimas ya que éstos ostentaban cargos importantes en la comunidad.

Dos siglos después de la llegada de los españoles a estas tierras serranas, las quejas seguían siendo las mismas.

En el documento podemos ver que la mayoría de las agresiones tuvo relación directa con Luis de Sáric: desde los pimas que fueron a robar o cambalachear a Güevabi, según afirma Luis de Sáric, y las agresiones

de los padres, hasta la disminución de su autoridad y sus tierras. Luis de Sáric tenía las mismas razones que los demás para alzarse: el abuso y la violencia con que eran tratados los indígenas, ya fuera por los españoles que habitaban su territorio o por los misioneros. Además de las anteriores, él tenía una razón muy particular para levantarse: los padres le habían disminuido su poder al no reconocer su autoridad.

Luis de Sáric contaba con el apoyo de la mayoría de sus coterráneos, lo que le permitió organizar la rebelión. Las autoridades gubernamentales accedieron a sus peticiones y, junto con la paz de la Pimería Alta, pudo recuperar sus tierras y su poder.



BIBLIOGRAFÍA:

Archivo General de la Nación, ramo Jesuitas, vol. II-I, exp. 1, 20 fs.

Galaviz de Capdeville, María Elena, *Rebeliones indígenas en el norte del reino de la Nueva España, siglos XVI-XVII*, México, Editorial Campesina, 1967.

González, Luis, *Etnología y misión en la Pimería Alta 1715-1740*, México, UNAM, 1977.

———, *El noroeste novohispano en la época colonial*, México, Porrúa-UNAM, 1993.

Kino, Eusebio, *Vida del P. Francisco J. Saeta, S.J.*, México, Editorial Jus, 1961.

Mirafuentes Galván, José Luis, *Movimientos de resistencia y rebeliones indígenas en el norte de México de 1680 a 1821*, México, AGN, 1975.

Pérez de Ribas, Andrés, *Historia de los triumphos de nuestra santa fee entre gentes las mas barbaras, y fieras del nuevo orbe*, México, Siglo XXI Editores, 1992.